



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año III | Número 9 | Marzo 2022

## Imagen de Dios o imagen del espejo

**Néstor Díaz<sup>1</sup>**

nestorhugodiaz@gmail.com

---

<sup>1</sup> Néstor H. Díaz, teólogo y psicólogo, ha dado clases en las siguientes universidades: Del Salvador, UCA, UCES, Instituto Teológico Franciscano, Instituto Teológico Salesiano (ISET). Profesorado del Consudec y en los colegios Mons. Dillon y Santa Brígida. Miembro de la Sociedad Argentina de Teología (SA) de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales (ASOFIL). Director del Centro Educativo – Psicológico Cepad.

Podría decir, sin miedo a equivocarme: decime cuál es tu idea de Dios y veré qué pensás acerca de la vida. Para el creyente, no hay separación entre la fe y lo cotidiano o, mejor, no debería haberla. Aunque si fotografiamos la actualidad parecería que la experiencia religiosa se ha quedado atrapada en las paredes de una sacristía y no tiene mayor incidencia que las esporádicas manifestaciones de una hora dominical o a lo sumo, entre los más comprometidos, en algunos días de exclusividad espiritual.

Pero la palabra de Dios no viene a informarnos sobre realidades sobrenaturales o mágicas que están fuera de lo humano; al contrario, surge de lo profundo de las vivencias más humanas, las del Amor, e ilumina las decisiones que marcan nuestra realidad de humanidad que se construye en medio de los obstáculos y absurdos de la vida.

La tendencia de hacer de la Biblia una figura aparte, como si hubiera salido de la misma boca de Dios, sin relación con la vida y la cultura del pueblo hebreo, no ha sido sólo una tentación del creyente común, sino una enseñanza que ha teñido la misma academia teológica.

La Biblia, es justamente lo contrario. Rescata la revelación de Dios en los hechos y acontecimientos históricos que, para el creyente hebreo, es donde se da a conocer la voluntad divina.

Dios se sigue revelando, nunca ha cesado de hacerlo. Se revela en todas las culturas y en todos los momentos. El criterio para detectar su presencia nos viene de la Palabra hecha libro y tradición. Siempre viva, en una especie de círculo hermenéutico, donde la pregunta siempre es nueva y la respuesta también.

Por ello, desde el andarivel bíblico, realizo una reflexión sobre la subjetividad humana desde el libro del Génesis con el fin de aportar al debate sobre la necesidad de un nuevo paradigma para nuestro futuro cercano, que ante tantas realidades injustas, que no es dable enumerarlas aquí, pero de las cuales somos conscientes, urge una fundamentación que rescate la integridad del ecosistema, donde lo humano sea vivido desde una relación totalizadora y no dicotómica, con la naturaleza, el tú y lo Trascendente.

Con este objetivo marcaré tres momentos: en el primero trataré el tema de la inspiración bíblica, luego haré foco sobre los antecedentes de la afirmación de un Dios Creador y finalmente, me detendré, someramente, en el relato de la creación.

## 1. La Biblia Libro inspirado por Dios

La Biblia, como libro inspirado por Dios, puede acarrearlos a un imaginario mágico de la inspiración dando a entender que existe un iluminado a quien Dios le habla y que el hagiógrafo escribe lo que Dios le dicta.

En realidad, es un proceso complejo, donde los éxitos y los fracasos, los momentos de esplendor y otros de profundo dolor, los tiempos de paz, los de guerra, los de felicidad y los de absurdidad, se convierten en material para que, desde la misma experiencia vital, el pueblo hebreo vaya tejiendo una lectura sobre la intervención de Dios en todos los hechos de su historia.

Este discernimiento colectivo, relato oral y escrito, se transmite a otras generaciones. Quienes lo reinterpretan desde sus nuevas situaciones históricas; transformando los acontecimientos en una Historia de Salvación-Liberación.

Rescato en este dinamismo revelador que el sujeto de la interpretación, transmisión y recepción es el pueblo, en su experiencia de ser creado, formado y elegido por Dios. El relato de la creación no escapa a esta configuración.

## 2. Antecedentes de la Afirmación de un Dios Creador

El símbolo apostólico, que los católicos rezamos: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra...,” y las primeras palabras de la TaNaK (la biblia hebrea): “En el principio Elohim creó los cielos y la tierra”, tienen en común la creación de los cielos y la tierra (el todo); pero la afirmación bíblica no explicita la referencia a la omnipotencia de Dios.

A esta falta de mención explícita sobre la omnipotencia de Dios, podemos sumarle que no existe una fiesta especial sobre el acto de la creación. En cambio, a la Pascua, sí se la ubica como la celebración más importante del pueblo israelí.

Ante esta realidad, me pregunto si hay un acento diferente entre el dogma católico y el mito bíblico.

El libro del Deuteronomio, tiene una interesante respuesta a mi pregunta: “ *Tu pronunciarás estas palabras delante de Yahveh tu Dios: Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahveh Dios de nuestros padres, y Yahveh escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestro sufrimiento y nuestra opresión, y Yahveh nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de un gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel. Y ahora yo traigo las primicias de los productos del suelo que tú, Yahveh, me has dado*” (Dt 26,5-10)

Este pasaje, profesión de fe israelita, formulaba una maravillosa síntesis histórica: nomadismo, esclavitud, liberación, conquista y asentamiento en Canaán. La fe de este pueblo en Dios estaba indisolublemente unida a su historia. La misma fue vivida desde el cuidado, la guía y la salvación – liberación de Dios.

En efecto, lo importante era la salvación – liberación de Dios para con su pueblo y con este motivo intervenía en la naturaleza. Podemos encontrar muchos pasajes del Antiguo Testamento, que son ejemplo de ello: el libro de Josué (10,5-13), donde Dios utilizó su poder para poner a la naturaleza al servicio de la conquista de la tierra prometida, en Jueces (4 -5), o también, el canto triunfal de Moisés, alabando a Dios que liberó al pueblo de la esclavitud egipcia (Ex 15,1-18).

De esta manera, el pueblo de Israel iba reconociendo a Dios en todos los acontecimientos que lo salvaban y liberaban, pero sin quedar encadenado a los mismos; es por ello que a Dios se lo ubicaba en el cielo, ya que esto permitía que conservara su trascendencia evitando una manipulación idolátrica.

Una consecuencia de esta modalidad era que dejaba fuera toda imagen posible de Dios, a quien no lo podían identificar con ninguna de las maravillas cósmicas (rayos, truenos, lluvia, etc.). Simplemente se lo definía como: “Yahweh” (Ex 3,14).

Cuyo significado más exacto, debería ser entendido desde la promesa de un Dios que está siempre acompañando – salvando - liberando al pueblo hebreo. Sería más coherente traducir “*Estaré que Estaré*”, que es hebreo, y no, “Soy el que Soy”, que es griego.

Según la síntesis histórica del Deuteronomio, luego de la esclavitud, la siguiente fase de las tribus arameas fue la organización de instituciones que garantizaban, a la larga, una existencia sedentaria. Israel se fue convirtiendo en un sistema de suma de tribus que se iban fusionando mientras luchaban juntas y que se comprendían como una comunidad de destino.

Con el paso a la monarquía, el rey se convirtió en la figura central, era el lugarteniente de Dios y el representante del pueblo ante Dios. Era la etapa de David y de Salomón, donde el rey y el templo configuraban la presencia de Dios en el pueblo. Por eso el rey tenía todo el poder y el sacerdote cumplía una función subordinada al rey.

Luego de la muerte de Salomón ocurrida en el año 931 a C., el reino se dividió en dos: El reino del norte tomaba el nombre de Israel, con capital en Samaria y el reino del sur, Judá, con capital en Jerusalén. El reino del norte fue conquistado por los Asirios, por lo que el Israel ideal quedaba reducido a un pequeño territorio del sur.

La caída de Jerusalén (587 a.C.) en manos de los babilónicos con la destrucción del templo, el apresamiento del rey, la deportación de los habitantes a Babilonia y a otras regiones, produjo una gran crisis. Sin tierra, sin rey, sin templo, sin sacerdotes, sin la gente, el pueblo se preguntaba si Marduk, dios babilónico, sería el verdadero dios.

Tal vez sea el momento de mayor crisis del pueblo judío. Su fe estaba puesta en un dios de tinte nacional, que no negaba la existencia de los dioses de otras regiones. El pueblo había superado la tentación de una baalización de Yahweh, pero esto era diferente; Marduk se presentaba como el dios fuerte, el dios del poderoso imperio babilónico, un dios que había vencido a Tiamat, el dios malo.

Marduk, era el dios poderoso y vencedor, además, era el creador del mundo y de los hombres a partir de los pedazos de Tiamat.

Para salir de este laberinto existencial, los profetas Ezequiel, Jeremías e Isaías, elaboraron la teología de la fidelidad de Yahweh y de la infidelidad del pueblo: “Yahweh no los deja a la deriva sino que su “gloria” se traslada a Babilonia con lo que la esperanza de liberación y salvación renace” ( Ez 6, 8-10; Jer 31, 9-11) . El profeta Jeremías, portavoz de Yahveh, acusa al pueblo de haber sido infiel, a pesar de los hechos de liberación del pasado e invita a la conversión ( Jer 2,1 - 3,5. 3,19 - 4,4). Jeremías planteaba una nueva alianza y también un nuevo éxodo, donde todo volvía a la unidad ( Jer 31,9-11; 32,17). Isaías resumía su nueva concepción con la convicción de que si Dios podía decidir el fin de todo es porque todo tiene su principio en él ( Is 40,22-28; 42,5-6).

Según los profetas: Dios devolverá al pueblo la tierra prometida porque es el Dios fiel, creador, que libera y promete un final feliz ( Is 51,9-11); es el único y verdadero Dios, que crea, actúa y salva; los otros dioses son puros ídolos que no hacen nada y, por lo tanto, son nada ( Is. 41,29; 43,10; 45,18; 46,1-10). Salvación, liberación monoteísmo y creación, van de la mano en esta nueva toma de conciencia del pueblo hebreo.

A partir de estas vivencias poco a poco se iba conformando la idea de un poder de Dios ilimitado y universal, tal como lo atestigua el Salmo 57,6: *“Álzate, oh Dios, sobre los cielos, sobre toda la tierra, tu gloria”* o más específicamente Deuteronomio 4,39: *“reconoce, pues, y medita en tu corazón. Yahveh es el único Dios allá arriba en el cielo, y acá abajo en la tierra”*

De este modo, la idea de un Dios creador y único no sólo resuelve una profunda crisis existencial, también expresa la convicción de que la creación es el inicio de la obra salvífica.

Son importantes las consecuencias que se derivan de esta definición. Ya que si bien este monoteísmo creador es una novedad revolucionaria en las culturas del oriente antiguo, se le suma, para hacerlo más “extraño y original”, que lo que se proclama no es tanto el poder de Dios sino su bondad.

El Génesis afirma la primacía de la bondad de Dios sobre su poder; es más, este último está al servicio de la bondad, del mismo modo que la creación está al servicio de la alianza. Dios crea para hacer alianza, es decir, salvar-liberar-plenificar-santificar al pueblo de Israel. (cfr Gn 12,1-4; 15,1-21; 17,1-8).

### 3. El Relato de la Creación

El relato de la creación en su formato de siete días transmite este horizonte de la alianza: el ser humano es creado en el sexto día, a imagen y semejanza de Dios y en el séptimo descansó. Este día es el clímax de la obra creadora, porque es el signo de la Alianza, entre el pueblo y Dios, tal como lo señala el libro del éxodo: *“...no dejéis de guardar mis sábados; porque el sábado es una señal entre yo y vosotros de generación en generación, para que sepáis que yo, Yahveh, soy el que os santifico...”* (Ex 31, 13 y ss)

Me detengo primero en la consideración de los siete días. Lo importante en este ritmo semanal es que el primer día y los restantes están en función del último día. Todo gira hacia el horizonte de la Alianza. La plenitud se halla al final, en el encuentro de Dios con el pueblo. Este esquema lineal y de apertura al futuro representa una novedad con las culturas circundantes del pueblo hebreo. Lo fundamental ya no se halla en el inicio de las cosmogonías, en el tiempo primordial, en la vuelta al mismo mediante el rito, sino que se habilita la historia como marcha hacia la tierra prometida, hacia el paraíso que mana leche y miel. Este modo de entender tiene la novedad de perfilar una antropología peregrinantemente esperanzada, donde se trabaja por lo que se espera, y no melancólica, que se cristaliza en el extrañar lo supuestamente perdido.

A partir de este marco, podemos entender al ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Se ha escrito mucho sobre el significado de esta definición antropológica. A lo largo del tiempo se la ha entendido desde la racionalidad y en la capacidad espiritual de comprender lo sobrenatural, o, al contrario, desde las cualidades corporales del ser humano diferenciadas de los otros vivientes.

Sin entrar a considerar todos los elementos exegéticos que se derivan de esta perícopa del Génesis, lo primero que salta a la luz es que la imagen y semejanza

de Dios pertenece a todo el ser humano (cuerpo y alma) y no a una parte de él ( cfr Sal 8). Asimismo, el texto nos habla más de las consecuencias que acarrea el ser creado a imagen y semejanza que del aspecto de la misma. Nos dice más de la misión y menos del don, mejor, del don al servicio de la misión. Así como los reyes se hacían una imagen para gobernar en lugares donde no llegaban, así Dios creaba una imagen para que a semejanza suya gobernara el mundo acorde a cómo Él gobernaba.

De esta manera al ser humano se lo comprende desde el don y la tarea. La Alianza con Dios, que llega en el séptimo día, es un don de Dios que se irá verificando en la tarea del hombre.

El segundo relato de la creación de tradición Yahwista, presenta a Dios como un alfarero que crea su obra a partir de la tierra ( adamah), insuflándole su aliento para que Adam ( sacado de la adamah) sea tierra viviente porque tiene el aliento de Dios. En este pasaje el Génesis nos habla del vínculo indisoluble y la radical solidaridad entre el hombre y la madre tierra. Para que no queden dudas de esta relación, a continuación, Yahweh ubica al ser humano en el jardín, en Edén, y le da el mandato de cultivar y cuidar el jardín. Sólo se cultiva cuando se cuida la tierra. Todo trabajo sobre la misma repercute, inevitablemente, sobre la tierra viviente. De este modo el relato bíblico nos deja en claro que Adam está llamado a un servicio que descarta de manera absoluta todo intento de dominio despótico sobre la naturaleza. ( cf. Gen 2, 7.15)

Esta suerte de parentesco es el que fundamenta una profunda afinidad entre la tierra, ( mundo / cosmos/ naturaleza) y el ser humano. El daño a la adamah es un daño al mismo Adam. Este pensamiento considera a toda la creación como centro, dejando de lado el antropocentrismo que mira a la naturaleza como objeto de su accionar. Esta especie de “cosmoantropocentrismo”, puede derivar en una praxis ecológica donde el cuidado de la tierra se expanda, necesariamente, en círculos centrífugos que abarquen lo social, lo económico, lo científico y lo tecnológico,

A esta doble vinculación de la humanidad, con Dios y con la naturaleza, el Yahwista le suma al tú de la mujer. La misma carne, los mismos huesos, donde los

dos serán una sola carne, marcan la idea de que el hombre es: varona (issa) y varón (is), de igual dignidad y complementariedad. Esta misma comprensión surge del hecho de que la issa es sacada del costado, es decir, de la mitad del is, ( Gen 2, 21-24; cf. Cant 8,6).

Uniendo los dos relatos, el Sacerdotal y el Yawhista, (Gen 1 y 2) queda claro que la imagen y semejanza de Dios se actualiza dinámicamente en una triple relación: con Dios, con el tú y con la tierra, cuya urdimbre sustentante es el amor del creador, que se despliega ineluctablemente solidaria, a través de su imagen y semejanza, con el tú y el cosmos.

Seguidamente, los versículos 16 y 17, del capítulo 2 del Génesis, tratan de la prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. La transgresión a dicho mandato acarreará la muerte. El planteo se encuentra en que si Dios le dio la vida al hombre éste debe continuarla. Únicamente en el encuentro con Dios, en la comunicación con El, fuente de vida, el hombre tendrá vida sustentable y feliz.

La otra cara de la moneda es que si hay prohibición existe la posibilidad de no cumplirla. No tendría sentido poner una norma si no existiera la capacidad de no seguirla. Se manifiesta de esta manera el reconocimiento de la libertad del ser humano. El diálogo de Dios con la humanidad se hace en libertad, es decir, en la historia que los hombres van construyendo por el ejercicio de esa libertad.

Extremando un poco el pensamiento podemos concluir que este mandato es una especie de autolimitación de Dios a su omnipotencia. La misma está al servicio del amor, como ya vimos. Lo cual nos lleva a considerar que Dios no hace la historia en lugar del hombre. Dialoga con él, hace alianza, lo salva y libera, siempre y cuando el hombre, en este caso como pueblo, sujeto de la historia hebrea, se abra al don de Dios y acepte el mismo. Lo fundamental de la creación no es que Dios haya creado el mundo de la nada, sino que creó un ser capaz de negarlo. La aceptación de ser creatura es a partir de una decisión libre, que se manifiesta en la aceptación de la capacidad humana de construir la historia desde lo más íntimo de sí mismo que es el amor donado por Dios.

Si bien el sentido de la vida paradisiaca está dado por la autonomía relativa de aceptar la creaturidad, la afirmación bíblica llega a la conclusión que pudo más la tentación de creer que la autonomía absoluta era mejor que la relativa. Al comer del árbol el ser humano se cierra en sí mismo, deja de lado su condición más profunda, confirmando la ruptura con Dios, la tierra y el tú. En lugar de la armonía, ahora, se presenta el conflicto como la instancia fundante de esta triple relación. Los ejemplos del Génesis son claros al respecto ( Cf Gen 3,15 -24 y Gen 4, 6 y ss)

Sin embargo, Dios sigue respondiendo desde la promesa salvadora. Así todo renace con Noé, pasa por las etapas de la historia de salvación del pueblo hebreo y culmina con Jesucristo.

### Palabras finales

Ser creado por Dios y aceptarlo como tal, lejos de establecer un límite que encarcele a la especie humana, presenta, por lo contrario, una antropología de la esperanza, una apertura hacia la hondura de hacer lugar a la potencialidad dinámica de lo divino en lo humano que, como imagen y semejanza de Dios, tiene la capacidad de ir construyendo una historia desde la soberanía de Dios, que Jesús de Nazaret llama Reinado de Dios, donde el sentido de la totalidad cósmica-humana se encuentra en la praxis escatológica ( ya, aunque todavía no plenamente) de ir reconciliando, salvando, liberando, plenificando y, por ende, co-creando, comunitariamente, al sí mismo, al tú y a la naturaleza.

El Evangelio de la creación, según lo dicho por el Papa Francisco en el capítulo segundo de la Laudato Sí, enmarca estas reflexiones que, desde la concepción bíblica, introduce la posibilidad de pensar en una antropología que se apoye en la gratuidad del don que genera la capacidad de ir superando la ruptura con Dios, el cosmos y el tú. Si no existe esta posibilidad reconciliada de lo humano, de la salvación revelada por Dios en Jesucristo, no queda más que comprendernos como sujetos divididos donde la reconciliación y la liberación - salvación son un imposible.

En definitiva, pienso que el desafío sigue estando en la audacia de jugarse esperanzadamente a ser el reflejo de Yahweh, o seguir convertido en el reflejo de sí mismo en el espejo.

## Bibliografía

Biblia de Jerusalén, (1977), Bilbao, Desclee de Brouwer

Fries, Heinrich, (1987), *Teología fundamental*, Barcelona, Editorial Herder.

Gross, Heinrich, ( 1969) Exégesis teológica de Génesis 1-3, en Feiner, Johanes – Lôhrer, Magnus ( dir) *Mysterium Salutis*, Vol II, Madrid, Ed. Cristiandad, pp 357-366

Kern, Walter, (1969) La creación como presupuesto de la alianza, en Feriner, J. – Lôhrer, M., (dir) *Mysterium Salutis*, Vol II, Madrid, Ed. Cristiandad, pp 368-380

Rad, Gerhard von, (1982), *El libro del Génesis*, Salamanca, Ed. Sígueme

Rad, Gerhard von, (1993), *Teología del antiguo testamento – las tradiciones históricas de Israel-* Vol I, Salamanca, Ed. Sígueme.

Ruiz de la Peña, Juan Luis, (1988) *Imagen de Dios – antropología teológica fundamental-*, Santander, Ed. Sal Terrae

Ruiz de la Peña, Juan Luis, (1986), *Teología de la creación*, Santander, Ed. Sal Terrae

Segundo, Juan Luis, (1993) *¿Qué mundo, qué hombre, qué Dios?*, Santander, Ed.Sal Terrae

Torres Queiruga, Andrés, (1996), *Recuperar la creación – por una religión humanizadora-*, Santander, Ed.Sal Terrae

Torres Queiruga, Andrés, (2008), *Repensar la revelación – la revelación divina en la realización humana-*, Madrid, Ed. Trotta.